

VERSIÓN DE MENCHIM

Yubely Vahos

Historiadora y poeta. Autora del libro *La toma: el M-19 En la Embajada de República Dominicana, 1980* (La Carreta Editores, 2020). Poemas y ensayos suyos han aparecido en diversas antologías y publicaciones periódicas.

*Mendel se durmió. Y descansó del peso de la dicha
y de la magnitud de los milagros.*

Joseph Roth

Todos recuerdan la historia de mi padre. Algún tío resignado, un vecino que fue a prisión o el amigo que lee dos libros cada semana les ha hablado de algún hombre en Judea, en Medellín, o en Zuchnow, que dijo Dios con minúscula e imaginó a la divinidad atizando su mala fortuna. En cambio, es menos probable que reconozcan el traqueteo de su paraguas por las calles quebradas, aquellas en las que el invierno es un limo helado que se cuela entre los calcetines; o sus lecciones de profesor que repite versículos como quien abre la puerta y se alisa la barba. Es menos factible que recuerden su nombre: Mendel Singer. De mí basta decir que soy Menuchim, su hijo.

Habité un lugar al que todos llamaban mi casa. Yo la recorrí tabla a tabla, guiado por mis manos. Con el tiempo aprendí a anticipar el lugar en que se abría una fisura, y a rehuir el clavo que nunca debió estar allí, pero nadie removió. Si enfilaba las rodillas y las palmas de mis manos de cara al viento que en ocasiones me enfriaba las mejillas, y otros días calentaba el suelo, encontraba un vacío amplio que hacía correr a papá para alejarme de allí. Ellos lo llamaban puerta.

Poco supe de lo que había más allá. Que mis padres regresaban con menos dinero en los bolsillos, zanahorias duras, papas heladas y malas noticias. Que mis hermanos volvían con los pantalones sucios, hambrientos y repetían con asombro una palabra mágica que hacía la guerra en los campos, reptaba entre las caderas de las muchachas y desvelaba a un anciano que hablaba una lengua que ellos desconocían, en un libro que nadie sabía leer: vodka. Que mi hermana regresaba cantando versos sobre hombres de mirada honda y manos cálidas, con el vestido mojado, un aroma a hierva adherido a su espalda, y un cansancio dulce en las piernas.

Una tarde mamá obligó a mis hermanos a llevarme con ellos a aquel sitio. Los tres avanzaron conmigo a trompicones, jadeantes. Me dejaron caer tres o cuatro veces. Para ellos era importante que todos los que los veían comprendieran cuánto pesaban mis quince quilos de hermano menor. Me depositaron en un piso más duro, áspero y sucio que el que había recorrido adentro. Desde allí observé

toda clase de zapatos, mientras sus propietarios tambaleaban al verme con las piernas un poco más curvadas que las suyas. Oí un rumor de agua lejana, como de lluvia o de río que se acercaban, pero mis hermanos solo pudieron tomarme por los talones y zambullir mi cabeza en algo espeso, con hedor a comida podrida que tragué, vomité y estornudé muchas veces antes de reconocer el tacto de mi casa y sentirme verdaderamente enfermo y cansado.

Mis ojos solían estar secos, pero mi cabeza permanecía húmeda. Desde el rostro de mamá caía una lluvia salada, pesada y lenta que inundaba mi cráneo. Una lluvia que acompañaba el sonido de cacerolas y cepillos, el hervor de las lentejas y el samovar, el olor de la ropa de niños calentada en el rescoldo de sol que se aventuraba en los callejones. Cuán difícil era sostener mi cabeza erguida bajo el peso de aquel diluvio de porqués y hasta cuándo. Papá solo hablaba para mí. Me contaba casos y cosas con la cadencia de quien le habla a Dios o gesticula delante del espejo. Me decía: “Háblame, Menuchim, háblame”. Pero yo sabía, como él, que debía permanecer callado, cumplir mi papel de ídolo y de espejo. No hallaba posible destruir su certeza de que otro día —no ese, no el siguiente—, me levantaría como un profeta de lo que ya ha ocurrido y repetiría con él, delante de los niños de su clase el libro del Éxodo.

Con todo, hubo cosas que ellos comprendían y a mí se me antojaban indescifrables. La belleza de mi hermana Miriam parecía consistir en girar hasta marearse en el agua dura del espejo, y permanecer despierta preguntándole a los chirridos de la cama si aquel muchacho la recordaría al marcharse. La unión de mis padres se hacía más profunda cuando ambos simulaban dormir y mantenían cuidadosamente sus cuerpos en orillas opuestas del colchón. Mi llanto, ese miedo a los roedores y el hambre que cavaba en mi vientre y se abría en un llamado desesperado: “Mamá, mamá, mamá”, los reunía en torno a mí para hablar de la fe y la paciencia, de Dios, de un rabino, para escuchar mi llamado como si un cosaco les ordenara permanecer inmóviles a través de mi boca.

En casa todos nos habituamos a repetir el mismo rol. Ellos esperaban, yo aguardaba que algo —no sabía entonces qué— ocurriera. Ocurrió. Ellos se marcharon y las llamas de las velas que tiritaban en el alféizar se enroscaron en las camas, derrumbaron las ollas, invadieron el rincón en que recontaba mis dedos. Pero esta vez nadie fue por mí hasta la puerta, me depositó en mi rincón y regresó a su sitio. Entonces salté el umbral y grité “¡Fuego...!”.

Ahora me exaspera que todos me hagan preguntas y hurguen en sus bolsillos mientras hablo; que repitan “Milagro, milagro, milagro”; el doctor que se rasca la cabeza y toma nota. Que admiren mi forma de poner un pie delante del otro para caminar, que la cuchara se sostenga en mi mano, que hable con sus mismas palabras. Temo que papá desempolva sus filacterias, lave su manto y salte hasta sudar en la sinagoga. Aguardaré que se despierte para decirle que tuvo razón: no les ocurren milagros a los hijos de los Mendel Singer. ■